



**Óscar E. Aguilera F. y José Tonko P.:
Cuentos kawésqar**

(Fundación de Comunicaciones, Capacitación y Cultura del Agro, FUCOA, Ministerio de Agricultura),
2009, 111 páginas (textos kawésqar-español)

Mitos kawésqar: economía y misterio del fragmento

El volumen *Cuentos Kawésqar*, editado por el FUCOA, Ministerio de Agricultura de Chile, consiste en la narración de sus mitos, obtenidos gracias a un trabajo de rescate de la cultura y la lengua kawésqar que desde hace más de treinta años ejerce el etnolingüista chileno, Óscar Aguilera, al que se ha sumado los últimos diez años José Tonko, a través de múltiples publicaciones en conjunto.

Corresponde a un hito de esa gran experiencia de conocimiento y contacto con una etnia que hoy se encuentra al borde de la extinción. La lectura de Martin Gusinde y de Joseph Emperaire –los dos antropólogos que precedieron a Aguilera– puso énfasis en este aspecto, si bien los conceptos desde los cuales abordaron su mundo eran muy occidentales e ignoraban la especificidad cultural de su mundo. El trabajo de Óscar Aguilera y José Tonko es el primero en mestizar los códigos de abordaje de este mundo kawésqar desde un aparato de percepción que intenta aproximarse desde un sistema “otro” para elaborar formas que permitan dar cuenta de una experiencia inédita con la cultura y la lengua kawésqar.

El trabajo de este etnolingüista se destaca por su lexicología, su fonología, su gramática y estudios del discurso; además, en coautoría con José Tonko, los relatos sobre los viajes de los grupos que constituyen esta comunidad nómada, característica que imprime un peculiar signo de su identidad: los kawésqar no conocían la afiliación a la tierra: su mundo era el continuo

desplazamiento por el mar. Compartían con los onas y yaganes la vida en el extremo sur, hoy quedan pocos de ellos; cada uno es una pieza fundamental de lo que fue una cultura nómada, con expertos marinos, avezados en fiordos y canales, cazadores de nutrias y lobos marinos, recolectores de mariscos y tejedores de canastos.

Como ha señalado el antropólogo Claude Lévi-Strauss, los mitos son una escritura en la que cada persona o grupo conforma un signo dentro de la frase múltiple que recorre la historia de un motivo o de una forma que varía su sentido o su función dentro de la malla estereográfica de la totalidad. Totalidad también incierta pero que comparece en el fragmento, en el recuerdo de una anterior enunciación realizada en otro contexto histórico, según el cual el relato se comporta como cita de un tiempo previo. Jacques Lacan, el gran psicoanalista francés que ha señalado que la escritura del inconsciente es análoga a la de la letra, ha dicho también que éste es señalado en la vida psíquica del hombre como el capítulo censurado, muchas veces marcado por el blanco u ocupado por el embuste. La verdad puede estar escrita en otra parte: en los monumentos, que son el cuerpo en que se manifiesta la cultura, donde en muchos casos el síntoma histórico muestra la estructura de un lenguaje y se descifra como una inscripción; en los documentos de archivos también, que emergen en los recuerdos de infancia, impenetrables tanto como ellos; en la evolución semántica de ese lenguaje, que se corresponde con el estilo de la vida y el carácter, en la tradición y en las leyendas que vehiculan la historia, en los rastros.

De esta manera, la escritura de una nación y su desglose está contenida en estos relatos, tanto en lo que dice como en lo que calla, en el olvido, en la desconexión, en la vacilación, en el desplazamiento que hablan de la misma manera que los relatos; es más, constituyen el sitio mismo de su enunciación.

Puesto que se sabe desde Émile Benveniste que la enunciación pone en escena un significante que se desplaza y condensa en metonimias y metáforas, como lo desarrollara después el gran lingüista de origen ruso Roman Jakobson, el lugar del significante es el no-lugar; se escapa cuando se lo creía tener; pero su fuga imprime una dirección, un impulso.

¿Cómo captamos la escritura de la historia de un grupo cuando éste está representado por una gran ausencia, un motor vacío, del cual nos llegan los ecos? Se pensaría que la

historia de un grupo está conectada con una imaginación mítica, vivida en el interior de las sociedades humanas, en medio de las cuales los hombres se piensan y se experimentan como seres diferenciados de la naturaleza, por lo cual se habrían erigido en la primera fase de su historia, según el filósofo italiano Giambattista Vico, en regla del Universo, para otorgarse las figuras totémicas o metafóricas que los representan, o que manifiestan características deseadas a la par que señalan las relaciones que explicitan las maneras de vivir el mundo de una comunidad. Diríamos también que una característica de la comunidad es el intercambio dado por las alianzas y el sistema de dones. Pero en el caso kawésqar no existe tiempo edénico. Su imaginario expresado de manera discontinua, parcelada en estos textos, es un imaginario solitario, audaz, descentrado y, por ende, actuado desde el motivo del viaje, pero no del viaje occidental, que es un viaje de búsqueda de un supremo objeto del deseo, que glorifica al sujeto, sino más bien de un permanente estar en tránsito. Es un imaginario de sobrevivientes marinos, respetuosos de un sistema de creencias de las que intuimos algunas, según las cuales se ordena alguna parte de su mundo.

Podemos, a partir de estos relatos, establecer que ese modo de conocimiento del mundo se fundó en la analogía, la que definida por Foucault en *Las Palabras y las Cosas*, aparece como el primer modo de relación de los entes en la experiencia de ser, durante la Antigüedad y la Edad Media. La analogía fue sustituida por el privilegio de la razón a la llegada del Renacimiento y, con él, el advenimiento de la representación, como esquema de juicio que permitía conocer a los objetos por medio de una diferencia. Y, finalmente, la representación cae por el desprestigio de la razón después de la teoría de la relatividad y el hombre descubre que la única manera de conocerse es formando un lenguaje; un sistema de huellas de su existir en la comunidad. Formas de saber que periclitán a veces por el imperio de otro modo de conocer, pero que, no obstante como lo señala el filósofo e historiador francés, no dejan totalmente su lugar. Lo mantiene, de modo subordinado, o bien lo cambian, deslizándose en formas nuevas de conocimiento.

Todos estos saberes/poderes generan la producción de un simbólico, que se manifiesta en la identificación de un lenguaje que contiene el archivo de las ideas, emociones, pensamientos de un hombre en una comunidad.

Entonces, este archivo kawésqar nos habla de un grupo, hoy diseminado, que da cuenta de cómo una comunidad se entiende a sí misma en el concierto de otras comunidades. El trabajo de la ciencia lingüística tiene hoy, lo vemos, una opción política: el rescate de las formas de vida y la concepción de mundo que emana de dichas formas. Los kawésqar son un grupo minoritario dentro del discurso dominante, pero no obstante su historia aparece llena de sentido en los cuentos que aparecen en el volumen que comentamos.

Los relatos orales tienen como sentido elaborar una práctica de la memoria, práctica que mantiene vivos los nexos históricos de una comunidad, rica en motivos, como lo revelan estos mitos. Su función es articuladora de la vida de una comunidad. Comunidad imaginada, a través de estos relatos, espacio practicado a través del trabajo y de la vida en grupo.

Ellos ponen en escena un imaginario que Óscar Aguilera y José Tonko transportan desde la oralidad y la traducción a la letra escrita, que ha sido desde la Conquista el gran instrumento de dominación. El imaginario kawésqar se mantiene, lo que demuestra hoy la fuerte capacidad de resistencia de grupos subalternos en contacto con el discurso dominante. Porque lo que estos mitos ponen de manifiesto es la representación simbólica de su grupo, cómo ese simbólico demarca una separación y también una comunicación entre lo humano y lo divino, si bien de esa unión sólo existen fragmentos que permanecen en las narraciones formando hitos en los sentidos culturales de esta comunidad.

Ha sido largo y duro el trabajo que la cultura blanca europea, en su vertiente española o inglesa, luego de su mestizaje con la huilliche y la mapuche, sostiene como dominante de las culturas originarias de América Latina. En Chile, la etnia kawésqar se encuentra en una fase cercana a la extinción, como anteriormente sucediera con la cultura ona y con tantas otras. La persecución, el avasallamiento cultural, las sucesivas colonizaciones y matanzas que han formado parte de su historia están presentes en ese silencio de la enunciación histórica de sus mitos. Son sus estructuras significantes presentes como ejes del sentido en la vacilación y desmembramiento del gran archivo cultural constituido por esta cultura originaria.

Es, pues, asombroso asistir al trabajo de su recopilación de una memoria tráfuga en que cada uno de los miembros

de este grupo efectuando su rol de narrador aporta elementos claves en el conocimiento de una vasta cultura. Y lo notorio es que quedan hilos en blanco que permanecen incomprensibles para nosotros, mallas históricas perdidas, materiales que alguna vez dejaron destellar la vida y su historia, y que hoy, borrados, no pudieron rescatarse, porque estos hombres que han sido grandes narradores han muerto y su legado pasa de manera parcial al resto de la comunidad.

Por ello, no es extraño que uno o más de estos cuentos tengan varios narradores. Uno completa lo que ha dicho el otro, o bien hace una variación de forma y estilo, según y cómo haya recibido la tradición, de acuerdo o cómo las condiciones de su vida en el grupo y el contexto situacional de su enunciación le permitan elaborar un texto que contenga las frases que lo gestan, las que lo hagan emerger como pieza de sentido en su archivo mnemónico.

La duda, la vacilación, el silencio forman parte de este sistema de escritura, lo tejen. Es el origen diferido, la marca de la negación del sentido refractado, no lleno, sino que pulsado en un segundo tiempo: el de la palabra, que evoca la escena originaria, sabiendo que tal vez no hubo una primera partitura, que tal vez la frase mayor, del que este texto es la consecuencia, se borró, con la muerte del narrador ejemplar, o quizá ese narrador ejemplar si existió tuvo dudas como él, pero que tuvo el anhelo del “gran texto, repleto de verdad, al modo de una gran ley que no fracture su decir”.

En eso consiste su contemporaneidad. Lo que ocurre con los kawésqar es el quiebre de la representación única, la creencia en ella y en el poder de su infranqueable razón, de su verdad.

Hay pues, en cambio, muchas verdades en estos mitos y en sus complejas narraciones. Hay muchos sentidos detrás de la dirección que los significantes materiales enuncian.

Según Óscar Aguilera, la mayoría de estos mitos se relacionan con la muerte. Muerte por rompimiento de tabú, como por ejemplo, haber eliminado la nutria, el huemul o el chancharro, todos ellos tabú; muerte por engaño; como el caso del pájaro carpintero, y también la muerte por venganza, muerte por creaturas monstruosas, como el caso del hijo del canelo.

Este hecho, que parecería como rasgo común de los relatos míticos o leyendas de otras zonas, marca con la ruta de la sangre

la historia o las historias que aquí aparecen, pero también ostentan otro sentido: la separación del hombre de la naturaleza, el hombre como creador de cultura se separa de los animales a los que teme o venera, puesto que en algún momento fue una creatura viviente al igual que ellos.

Entonces, los mitos narran un acontecimiento que separa lo sagrado de lo profano. El modo como el hombre se entiende como único e irreplicable en la comunidad es el segundo eslabón que lo separa de los animales y de las plantas, y que lo impulsa a hablar, a crear un sistema de significaciones de lo que él empieza a configurar como “realidad”, necesidad de demarcación afirmada en la necesidad y utilidad de un grupo, que conforma sus metáforas por ellas. El hombre se alimenta de animales que antes fueron hombres: los mitos cuentan esa conversión que elimina para ellos el castigo, la sanción de los dioses tutelares o, más bien, la autocensura, la culpa.

Pero agregaría yo que existen algunos mitos que están más cerca de lo sagrado en el territorio mental del kawésqar: el origen del sol, la luna y el origen de las estrellas; la reproducción; el ciclo de la vida y la muerte, el misterioso mito del hijo del canelo, que cuidado desde pequeño por un padre que es a la vez una madre, da muerte a los enemigos: los monstruosos animales que mataban o aterrorizaban a los kawésqar. El hijo del canelo emerge como la figura de un dios protector del grupo, que causa temor pero que protege la etnia del exterminio.

Todos estos relatos tienen elementos que enlazan la catástrofe como forma de explicación del paisaje notablemente complejo del Sur de Chile, a la par que los indicios de un cosmos kawésqar que está allí, de manera fragmentaria, tal es así como la relación de la mujer luna, que asciende al cielo, mirando a su hermana (el sol, pero femenino). En otras, el sol baja a buscar a su hermana luna, que surge de su ojo accidentado, de la sangre de esta hermana, que requiere de un espejo para existir. La cosmogonía kawésqar establece la existencia de un doble, un otro que contempla y devuelve la mirada para poder existir. Un Otro que sale del Sol, el gran protagonista de todas las religiones y mitos en la historia.

El mito del hijo del canelo da cuenta a mi parecer de una procedencia múltiple: entrelaza los hombres a los árboles, como lo refieren Óscar Aguilera y José Tonko en la Introducción y también da cuenta de la violencia inherente a la participación cultural, particularmente, la violencia del origen.

El ratón aparece como astuto; se lo trata de cazar, pero huye. Cualidad admirada por los kawésqar, pues el ratón es un sobreviviente de la depredación.

El pájaro carpintero y su mujer, la tiuque, aparecen como engañosos y malvados: no respetan las leyes de la familia y prácticamente eliminan a todo el grupo, hasta que un hermano de la tiuque los mata, como un héroe, liberando al grupo.

El chancharro ayuda a hacer que el mar sea más violento, lo arrojan al agua a pesar de las prohibiciones. Sopla el viento, hay una tempestad. La tierra se hunde, las olas tapan al chancharro tabú.

El zorzal era mezquino de un “agua secreta”, dice otro relato, bastante misterioso. Tan secreta y llena de mágicos poderes estaba esta agua, que cuando se asesina al zorzal, hombre seguramente, lo mata, hundiéndolo en un pozo.

Esta agua letal y prohibida, en otra versión, aceite de pájaro, humedece la tierra y hace más femenina la cosmogonía.

El secreto del agua era una estrategia del zorzal, que no quería compartir el agua. Por ello cuando la bebía en presencia de otro, decía que era aceite de pájaro, para evitar que le pidieran.

El castigo por su mezquindad es la muerte por el mismo elemento que niega, pero de manera similar a otros mitos, la muerte hace que venga la metamorfosis y se transforme en pájaro.

Quien lo mata estaba pidiendo agua. Mito que establece la necesidad de hacer comunidad e impedir así posibles muertes.

El cisne es una figura estática y su relación con el vuelo está dada por la muerte; el congelamiento del cisne lo lleva a transmutarse en pájaro.

También los sapos mueren congelados.

Así, pues, la naturaleza está comunicada en todas sus dimensiones; no hay una separación fuerte entre hombres, animales y plantas. Un hombre ha sido o será animal; un animal que es hombre no puede comerse: existe la prohibición del canibalismo.

El martín pescador tiene su pecho rojo, porque come cholgas a las que cuece frente a una fogata; por ello tiene rojo su pecho.

El hijo del canelo, como mito nos revela la relación de los hombres con este árbol, que como toda creatura viviente tiene hijos; en este caso, se trata de un árbol extraordinario, bajo el que en otra versión del cuento, un hombre que ha perdido toda su familia, encuentra un niño pequeño que llora, reconoce este niño como hijo del canelo y lo cría.

Árbol sagrado, dador de la vida y la muerte. Protege y cautiva a la vez.

A su vez, por su carácter protector con la comunidad, este árbol es femenino y también masculino, por su capacidad de lucha, como un guerrero. Árbol mítico de la etnia.

La comunicación entre vivos y muertos está dada por sueños (las providencias) que obligan a dirigir la conducta de una u otra forma. Estos sueños son a veces reemplazados por impresiones de que algo anda mal y, por ello, la persona se protege, y no cae en una trampa tendida para él y hasta logra vengar su grupo.

Sin duda, la configuración simbólica kawésqar en su lengua establece infinitos textos que dan cuenta de su modo de vida. Pero hoy, Óscar Aguilera y José Tonko, temerosos de las traducciones, entregan en doble sistema de significaciones, las escrituras de la vida y los deseos, los miedos y sobre todo el modo, el estilo de vida de una comunidad, sus leyes y prohibiciones, su ética y su estética.

Bibliografía citada

- BENVENISTE, Emil. *Problemas de lingüística general*. México. S. XXI. 1974.
- FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas*. México. S. XXI. 1968.
- LACAN, Jacques. *Ecrits*. Seuil, París. Edición revisada. 2008.
- LÉVI-STRAUSS, Claude. *Mitológicas*. México. FCE. 1966.
- . *Tristes Trópicos*. Buenos Aires. 1970.

Eugenia Brito
eugeniabrito@hotmail.com
Universidad de Chile